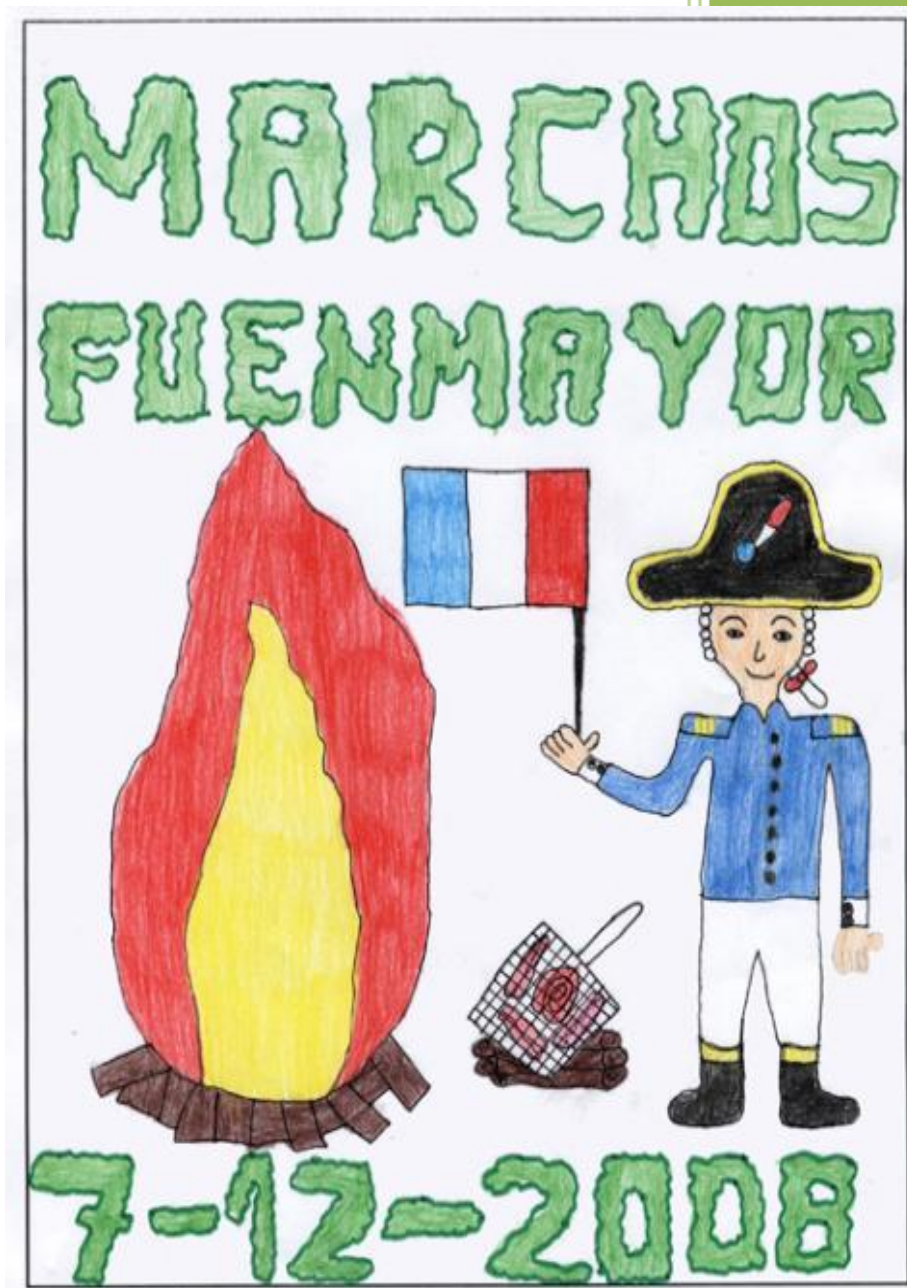


LAS EXTRAÑAS HOGUERAS



Relato Ganador del Concurso convocado en el Instituto «Francisco Tomás y Valiente» de Fuenmayor con motivo de la festividad de « Los Marchos » el año 2008

Autora : Sandra Ramos Hidalgo

LAS EXTRAÑAS HOGUERAS

“Mon Dieu, quelle horreur”, exclamó. No había otro oficial al que encargar aquella desagradable y poco lucida misión, pensaba mientras ascendía por la larga cuesta que los alejaba de Logroño al frente de un destacamento de dragones imperiales. Ya sé que soy la mano derecha del General Dupont y que es muy importante asegurar la salida del grueso del ejército hacia Vitoria, pero, hombre, para saquear un pueblucho y esperar el paso de las tropas no hacía falta dejarme a mí, al Comandante Clocher sin el baile de despedida en el Gran Casino al que va a acudir toda la flor y nata de ese Logroño en el que tan bien lo hemos pasado estos últimos días y, sobre todo, no dejar que me despida *“comme il faut”* de la señorita María del Carmen Ruiz, cielos, a la que Dios mantenga tan firmes sus opulentas carnes hasta que la Gracia del Emperador me permita volver a contemplarlas, aunque si ello llega a suceder, seguro que para entonces sus engreídos padres ya la habrán casado con algún destripaterrones de esos que fabrican ese vino tan fuerte como sus vozarrones y que tanto les gusta a todos.

Y el caso es que tan incultos como dicen no son estos españoles. Sí que es verdad que cuidan las viñas de forma anárquica y sin preocuparse de modernizar sus cultivos, pero el camino este parece demostrar lo contrario, seguía pensando. En efecto, las losas de piedra del descenso que ahora tomaban parecían como recién colocadas y lo que a primera vista podría tomarse por una antigua vía romana era un camino nuevo, cómodo y limpio por el que podían circular sin problemas los cañones y los carros con los equipajes y los víveres del formidable ejército imperial.

El camino se alargaba por el fondo del valle hasta lo alto de la siguiente loma, tras la cual se encontraba ese pueblo de nombre tan difícil, *“Fontemejeur”*, *“Fuemajeur”* a algo así y al que, sin conocerlo, ya había tomado manía. Estaba claro que esos patanes iban a pagar muy cara su ira revolucionaria.

Al llegar arriba, se adelantó con tres de sus exploradores hasta lo alto de la *“Cuesta del Viso”* como le dijo uno de ellos que tan apropiadamente se llamaba la pendiente, ya que en latín *“Viso”* significaba *“vistas”*, que descendía en zigzag hacía el poblacho y permitía, había añadido un segundo explorador consultando el mapa, dominar completamente el pueblo desde lo alto en una excelente panorámica. Desde allí pudo contemplar algo que le sorprendió y le agradó a la vez. El pueblo entero ardía en llamas por los cuatro costados y a la tenue luz de ese atardecer de diciembre ofrecía un espectáculo pavoroso pero muy apropiado a sus intereses.

Estuvieron allí un buen rato contemplando el crepitar de las llamas y sin advertir ningún movimiento por calle alguna. Pensaron que quizás algún otro destacamento se les había adelantado y, mira por donde, les había hecho el trabajo. Todavía estaban a tiempo de regresar a Logroño y llegar al baile del Gran Casino y despedirse adecuadamente de la señorita María del Carmen Ruiz, cielos, a la que Dios mantenga tan firmes sus opulentas carnes hasta que la Gracia del Emperador me permita volver a contemplarlas.

Así que sin más tiempo que perder regresaron hasta el destacamento y dando media vuelta recorrieron en un abrir y cerrar de ojos la distancia que les separaba de Logroño a donde llegaron ya muy de noche, cansados pero contentos por poder celebrar esa última noche de su estancia en la ciudad.

Una noche que fue muy larga, después de que el comandante Clocher despidiera a sus hombres e informara personalmente al general de que el camino estaba despejado, como lo estaba el suyo hasta la fiesta del casino y hasta los dulces brazos de Doña María del Carmen, que por cierto le comentó, entre risueña y burlona que ella tenía parientes en esa villa que “habían visitado” esa tarde.

No tan dulce fue el amanecer del día siguiente, pues apenas llevaba un par de horas en la cama cuando su asistente le despertó comunicándole que ya estaba todo el ejército preparado para marchar con su general a la cabeza. Apenas tuvo tiempo de vestirse y, casi sin desayunar, montó de nuevo en su caballo y se puso a la derecha del general que, levantando su sable, dio la orden de partir.

Sin más novedad llegaron hasta la Cuesta del Viso y desde allí pudieron ver cómo todavía salía humo de algunas calles del pueblo. Rápidamente descendieron y entraron en el pueblo por un puente ante el que una ermita presidía una plaza en la que aún ardían los rescoldos de lo que parecía haber sido una enorme hoguera. Sin embargo la ermita aparecía intacta. Cerrada pero aparentemente intacta. Lo mismo iban comprobando en las casas según subían por la estrecha Calle Mayor. Las calles estaban llenas de ceniza y de restos carbonizados, incluso se veía el resto de alguna hoguera en los balcones, pero puertas y ventanas aparecían enteras, cerradas a cal y canto, pero sin signos de haber sido forzadas.

Clocher no las tenía todas consigo. Había algo extraño en todo aquello. Tenía la sensación de que cientos de ojos le espiaban y los sentía en el cogote aunque no podía verlos. Al pasar por otro puente, el que daba a la plaza principal del pueblo, en donde se encontraba el Ayuntamiento, creyó entrever tras los postigos mal encajados de un oscuro ventanuco unos ojos, unos ojos como ascuas que le vigilaban desde la oscuridad. Al momento, y sin saber por qué, una imagen vino a su mente, la de los ojos de Doña María del Carmen, entre risueños y burlones, cuando le dijo que había ido hasta este Fuenmayor de los demonios y lo que había pasado. Ella le había dicho que tenía algún pariente es este pueblo y él no pudo por menos de extrañarse ante ese curioso gesto de sus ojos al que anoche no había dado la mayor importancia y que ahora le desazonaba como una premonición.

No le gustaba nada todo aquello, ese silencio, esas casas cerradas. Era evidente que allí no había habido saqueo, algo raro había en aquellas cenizas que alfombraban las calles. Sumido en estos pensamientos no se percató de que llegaban a una amplia plazoleta a la altura de la iglesia, después de haber salido de la estrechez de la Calle Mayor y fue entonces cuando una voz de alarma le devolvió a la realidad. Uno de sus exploradores, que venía de la retaguardia, le informó de que unas tejas desprendidas de una casa habían herido a uno de los soldados. El soldado había sido atendido por los médicos y presentaba una herida considerable que había obligado a vendarle la cabeza y a transportarle en una camilla. Clocher en persona fue hasta el lugar del accidente y como ya presentía, resultó ser la misma casa en la que había creído ver a alguien espiándolos.

Hubiera querido entrar en la casa y comprobar que, efectivamente, la teja se había caído por un lamentable accidente o por un inoportuno golpe de viento, aunque los ojos de Doña María del Carmen le seguían diciendo lo contrario desde el fondo de su cerebro, pero entonces le llegó recado del General Dupont que había decidido salir cuanto antes de aquel pueblo fantasma y llegar hasta un valle que había un poco más lejos y en el que podrían montar un improvisado campamento.

La idea de dormir al raso no le seducía demasiado pero tuvo que admitir que se sentía mucho mejor cuando salieron del pueblo por una larga calle un poco empinada y, tras pasar un barrio de bodegas, se encaminaron hacia el Oeste. Todavía tuvieron que pasar por una sinuosa zona que los exploradores dijeron que se llamaba muy acertadamente “las eses” y por donde el largo convoy del ejército imperial transitaba con más lentitud de la deseada. Tras pasar esta zona, llena de peligrosos desfiladeros en los que en la mente de Clocher volvió a aparecer la sombra de esa funesta premonición que creía materializarse en unos ojos que le vigilaban en la oscuridad, llegaron a un amplio valle llamado, nadie supo explicarle por qué, de Buicio.

Allí pensaban prepararse para pasar la noche y ya estaban descansando en una improvisada tienda de campaña esperando la llegada del resto del ejército cuando entraron atropelladamente tres soldados pidiendo hablar con el general. Al momento supo Clocher que aquellos eran los emisarios de sus infaustas sospechas y de nuevo vio en su cerebro los ojos de Doña María del Carmen, entre risueños y burlones, y supo con claridad que aquello iba a acarrearle trágicas consecuencias.

Asombrado, el general escuchó como la retaguardia de su flamante ejército imperial había sido apedreada desde los desfiladeros de “las eses” por cuatro desarrapados a los que los soldados no pudieron apresar por que huyeron tan pronto como las piedras hubieron alcanzado sus objetivos descalabrando a una docena de soldados.

Pero eso no era lo peor, ya que aprovechando la confusión en las filas del ejército, otra partida de bandoleros se había abalanzado sobre dos carretas de víveres que iban un poco retrasadas, había degollado a los carreteros y a los soldados que las protegían y había huido con ellas desapareciendo como por encanto de tal forma que, para cuando el resto de soldados se rehicieron de la sorpresa y comenzaron su persecución, les fue imposible encontrarlos.

Lógicamente estos ataques han tenido que ser preparados desde ese pueblo que hemos pasado, dijo el general mientras su mirada buscaba al comandante al que un miedo atroz y sobrenatural comenzaba a atenazarle la garganta. Y, lógicamente, prosiguió el general, esto quiere decir que ese pueblo no había sido convenientemente asaltado y alguien tenía que ser el responsable de todo esto.

Pensó en huir, en salir corriendo, en decir muchas cosas que le venían a la mente pero que no podía articular en palabras; pensó incluso en sacar su sable y suicidarse allí mismo, lavando así con la ofrenda de su sangre su honor mancillado de militar negligente, pero los ojos de Doña María del Carmen, entre risueños y burlones, paralizaron sus movimientos y nada hizo cuando cuatro dragones imperiales de la guardia personal del emperador le despojaron de su sable y sus charreteras y lo condujeron fuera de la tienda hasta una hoguera en la que otros soldados se calentaban de la frescura de la noche y en la que él esperó lo que sabía que tenía que suceder.

Entonces, lo que tenía que pasar pasó, y el Consejo de Guerra formado por los principales oficiales del ejército se reunió dentro de la tienda y, tras unos interminables minutos, le llamaron para declarar, aunque él bien sabía que no tenía mucho que decir, que la suerte estaba echada y que estaba condenado desde el principio.

En el interrogatorio no pudo decir mucho. La pasión de su alma joven y sus deseos de volver cuanto antes a Logroño se habían impuesto a las más elementales normas militares y no le

quedó más remedio que admitir la verdad, que no había llegado en la tarde anterior hasta Fuenmayor y que no había comprobado que el pueblo había sido saqueado.

Quizás por eso o por que ya no le quedaban más opciones que la resignación, escuchó con semblante sereno los cargos que se le imputaban. Únicamente se alteró un poco cuando supo que tres soldados habían muerto a consecuencia de las pedradas, pero cuando el general se levantó para leer la sentencia no hizo falta que empezara a hablar, porque ya sabía lo que iba a decir. Sabía su pena y sabía además que era merecida. Quizás por eso o por que ya no le quedaban fuerzas para más pidió que la ejecución se llevara a cabo al momento y no al amanecer.

Fue conducido sin más dilación hasta el pontarrón que salvaba un barranco a poca distancia de allí justo al lado de la fosa en la que estaban depositando a los tres soldados muertos a los que miró a la cara y a los ojos sin expresión que le devolvieron la fría mirada de la muerte cercana.

Todo lo que pasaba a su alrededor no existía o existía muy lejos de él. Todas las voces, las órdenes y los preparativos parecían algo ajeno a su cuerpo y, sobre todo, ajeno a su mente, por la que en pocos segundos desfiló su brillante carrera militar, sus conquistas amorosas en los salones de Paris, su infancia en un pueblito de la Gironda...

Cundo sonó la detonación, Clocher supo que todo había acabado. Exclamó "*Mon Dieu*" y su último pensamiento voló, quizás junto con su alma hasta perderse en las mullidas carnes de Doña María del Carmen y en el fondo aguamarina de sus ojos entre risueños y burlones.